

INDICE DE EXPOSICIONES

UN ESPAÑOL ILUSTRE: FEDERICO MARÉS, "EL CATALÁN".

Allá a principios de siglo era frecuente ver por los caminos de la ancha y soledosa España la alta magra y desgarbada silueta de un hombre a quien acuciaba la prisa. Cuando no era por los caminos era por los senderos, y cuando no por los senderos por los vericuetos, en que tan pródigo era el país, todavía propició al descubrimiento y a la sorpresa. Este hombre pernoctaba en extraños lugares. A veces su cuerpo, cansado de las jornadas, dormía sobre pajas; otras noches, en las altas camas de los pueblos, esas que tienen colcha larga de vivos colores, tejido antiguo y olor a manzanas o espliego. Nuestro hombre paraba poco en los sitios. Recorría detenidamente el pueblo, casi casa por casa, y marchaba rápido en busca de otra villa, de otro lugar. De algunos de ellos salía con pesado bulto entre los brazos, y así un día y otro día... y un año y otro año.

A Federico Marés, el escultor, le conocían bien por tierras de campos, por las llanadas de Valladolid, por las serranías de los Pirineos, por las más apartadas villas que un día tuvieron historia famosa justas en sus recintos, y guardaban en los viejos y derruídos templos, glorias del pasado, y en las antiguas y blasonadas casonas a punto de ruina, olvidados objetos de arte. Las comadres y los ancianos de los pueblos, esos que hacen tertulia en atrios y soportales, conocían bien la figura de "el Catalán", al que se veía de vez en vez, y a quien extrañaba ver mirar absorto un capitel, una portalada, una rejería, una imagen tallada en piedra o las antiquísimas tallas que un día lucieron gaya policromía...

Federico Marés era incansable en sus correrías. Formaba en la lista de los hombres que andaban por entonces en España, y que serían los que procuraban hacerla mejor, como Regoyos, como Baroja, como Azorín, como Solana...; eran los hombres que, sin ponerse de acuerdo, sabían la necesidad que había de andar por la patria para después hablar con conocimiento de causa. Otros catalanes también la recorrían por entonces, eran Rusiñol, Casas... Cada uno iba descubriendo algo inédito. Un día el resultado era "La ruta de Don Quijote"; otro, "Avirana"; otro, los lienzos melancólicos de Regoyos; otro, los cuadros violentos y los libros tremendos de Solana; otro, "El pueblo gris"... y así se iban enriqueciendo las letras y las artes, y luego la historia de la literatura y los museos. El escultor Federico Marés iba recogiendo lo que estaba en trance de perderse para siempre; iba recogiendo las prue-

bas de la grandeza de un pueblo; iba guardando tesoros ocultos, desconocidos, y por entonces perdidos, a no ser por su mano salvadora, y su bolsillo pródigo. "El Catalán" no cejaba en rescatar esculturas, columnas, estatuas y los más variados objetos que llevaban en sí, en su unión y en su número crecido, la gracia y el interés de la historia. Fueron muchos años de ir y de venir. Muchos años robados a su propio trabajo y a su quehacer de creador. Muchos años dedicados a emplear todo su dinero en formar una de las colecciones más importantes del mundo, y que tendría esa categoría por el buen tino y mejor conocimiento del escultor y viajero Federico Marés, quien convirtió el hecho de viajar en una profesión de gran alcurnia.

El resultado era sorprendente. Su casa de Barcelona se llenaba cada día con nuevas adquisiciones. Se colmaba. Las habitaciones eran pequeñas para guardar tallas, escudos, imágenes, policromadas, relieves y los más heterogéneos objetos. Y en una fecha feliz para España, el escultor Federico Marés se dirigió al Ayuntamiento de su amada ciudad de Barcelona y manifestó que donaba íntegra su maravillosa colección, tasada en muchos millones, a la ciudad. Sólo ponía como condición que le dejasen vivir entre sus valiosas piezas, y que el Museo nuevo fuese instalado en un noble lugar. El Ayuntamiento fué tan gentil y cortés, como es hábito en la ciudad que tanto elogió Cervantes. Cedió para el nuevo Museo locales dignos de él: el ala izquierda del Palau Menor de los Reyes de Cataluña, mandado construir en 1368 por Pedro IV el Ceremonioso, para su tercera esposa, Leonor de Sicilia, sobre el solar de la vieja residencia de los Templarios y con acceso frente a la puerta septentrional de la catedral barcelonesa... Y el día 1 de junio de 1946 se celebró la solemne inauguración de la primera sala del Museo, que es hoy orgullo de España. Ese mismo día se firmó el documento de la donación, y el donante recibió otro del Ayuntamiento en el cual se le nombraba director vitalicio de su propio Museo.

Esta es la anécdota simple del Museo Marés, que ha recibido la más preciada distinción de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando: la Medalla de Oro.

El Museo Marés vale muchos millones, muchos. Digamos solamente que todo el primer piso —siete grandes salas— está colmado de tallas, desde la románica del siglo XII hasta las de los maestros españoles de los siglos XV, XVI y XVII. Todos los estilos de la imaginería están representados en escuelas hispanas o extranjeras, en las uniones hispano-flamencas o hispano-francesas; que desde el nombre de Berruguete hasta Juni asistimos a un desfile ininterrumpido de la más bella imaginería que puede soñarse reunida en una colección ejemplar. Digamos también, mejor dicho, apuntemos solamente, que todo el segundo piso

de este colosal Museo está dedicado a los más diversos objetos bajo el título feliz de "Museo Sentimental": abanicos, peinetas, joyas, encajes, aléluyas, barajas, juguetes, petacas (250), cajas de rapé (150), floreros, vidrios catalanes y de la Granja, atuendos masculinos: relojes, gemelos, casacas, etc. Destacan la colección de llaves antiguas (700), de pilas bendijeras de Manises, Alcora, Gargadelos; altarcillos, relicarios, estampería, incensarios, medallas, devotas, cruces y otros objetos agrupados en una sola sala llamada de la Fe.

El recuento del tesoro reunido, a través de toda su vida ejemplar, por Marés es imposible. Ante la concesión del preciado galardón su ancha sonrisa de hombre bueno y sencillo ha sido la gran respuesta. La misma que puso en su boca cuando realizó el milagro de reconstruir las tumbas reales de Poblet. La misma que puso cuando llevó a casa del maestro d'Ors la estatua regalada del ángel, que llevaba la firma de todos los que fuimos sus amigos; la sonrisa que surge cuando no sólo se cumple un deber, sino cuando se rebasa éste en un acto de inusitada generosidad y de amor a los demás, al prójimo, que este gran ejemplo, y no otro, es el que ha ofrecido a España y al mundo Federico Marés, "el Catalán".

PINTORES PORTUGUESES EN ESPAÑA.

De caso insólito puede calificarse, sin que pequemos de exageración en la fuerza del calificativo, el hecho de que se presente en España la obra de once pintores portugueses, pues, aunque pueda parecer extraño, y sin que exista ninguna causa que determine o explique artísticamente la ausencia de la pintura del país hermano, el hecho es que nos es prácticamente desconocida, mientras que las pinturas de otros países tienen en nuestra Patria presentaciones y conocimientos periódicos. Citemos, como ejemplos, las exposiciones recientemente celebradas de arte francés, dos de arte italiano, la de arte holandés, las inglesas organizadas por el Instituto Británico, las celebradas en la Casa de Norteamérica, las exposiciones recientes de arte chino, etc. El arte portugués se ha caracterizado por su desconocimiento, ya que la obra, excelente obra de Helena Viera de Silva, acaso en donde el abstractismo haya encontrado su más alta expresión poética, nos fué dada a conocer como de autora francesa, en una exposición de pintura contemporánea de pintores franceses, cosa no de extrañar, pues sabido es que las sucesivas escuelas de París están formadas por pintores extraños, hasta el punto de que es corriente la frase de que los mejores pintores franceses son españoles. Los ejemplos de Picasso o de Juan Gris son suficientes; pero a éstos podían añadirse los de Miró, Borel, Viñes, etc., etc.

La culpa de este estado de ausencia creemos que es portuguesa, y tiene una explicación natural y lógica que un crítico del país hermano ha definido diciendo “que la pintura portuguesa, no habiendo conocido ni el impresionismo, ni la reacción de Cezanne, ha sufrido el más estrecho academicismo desde 1860 hasta más allá del año (clave) de 1910”. Bien es verdad que dentro de nuestros límites geográficos ese mal también se puede achacar a España; aunque se ha salvado el temible bache, bien por las “exportaciones” al extranjero, bien por el sentido heroico de algunos pintores, que llegan desde Solana, Regoyos o Nonell hasta Palencia y Tapiés, o a asociaciones minoristas que mantuvieron enhiesta la bandera de la esencia artística contra el formulismo, desde la Asociación de Artistas Vascos hasta la Academia Breve, que fundó el maestro d’Ors. Hoy ya la incorporación es total en los movimientos artísticos de las nuevas generaciones.

Este fenómeno se ha producido casi al mismo tiempo en Portugal, y al producirse lo que pudiéramos llamar incorporación europea del arte nacional se ha realizado también un mayor conocimiento del arte portugués, del que no podemos olvidar que ya tenía varios nombres famosos y hasta heroicos, como los de Sousa Cardoso y Santa Rita, introductores del cubismo y el futurismo en Portugal, siguiendo el orden de los apellidos. La cita de Almada Negreiros es una isla, excelente, solitaria en sus días.

En la actualidad, y en la Sala Abril —buen nombre para la primavera artística que representa la excelente exposición portuguesa—, once artistas exponen sus obras. Todas ellas dentro de las más nuevas tendencias y con predominio de las formas abstractas. El certamen tiene una gran categoría y es lástima que el crecido número de expositores en una misma sala impida un conocimiento más íntimo, y a la vez más extenso, de sus modos y maneras. En primer lugar, tiene interés excepcional la obra de Julio Resende, el expositor de mayor eco en el mundo, singularmente en los países nórdicos, ganador del concurso de proyectos para el monumento al Infante Don Enrique, participante afortunado en la Bienal de Venecia, segundo premio de la Fundación Gulbenkian, y con obras en diversos museos europeos y americanos. Su pintura abstracta tiene un atractivo muy particular, pues Resende ha encontrado la fórmula de lograr la unión subjetiva de su aliento poético —general en la exposición—, con la entrega absoluta a una formalización plástica, con orden y concierto arquitectónico, conseguido sin concesión a lo objetivo, sino por buen ordenamiento de libres formas, y un color y un tono repetido, obsesionado, muy característico de este artista a quien tan bien conviene el camino de pureza que debe alentar en el arte no figurativo. Resende es la figura del certamen.